

## Notas de andar y ver

Jesús Silva-Herzog Márquez

El lenguaje de María Zambrano es airoso: respirable. Leerla es oxigenar las pulpas de la inteligencia y los sentidos. Pero quizá, más que al viento, la prosa de la discípula de José Ortega y Gasset nos conduce al agua. En el agua se zambullía Octavio Paz ante la muerte de María Zambrano. Paz recordaba su voz como "un sonido de cristal, claro como el agua y, como ella, fugitivo, inapresable. ¿De dónde venía su voz? De un lugar muy antiguo, un lugar que no estaba afuera sino adentro de sí misma (...) Cuando leo a María Zambrano la oigo. Es una voz líquida, que no avanza en línea recta sino serpeando entre pausas y vacilaciones, como si sortease

obstáculos invisibles. Una voz que, más que buscar un camino, lo inventa. De pronto la materia verbal deja de fluir y se concentra en una frase que se levanta de la página como un chorro de claridad".

**Intenso** como es, el chorro de claridad, no ha sido muy accesible. Apenas hemos podido beberlo a cuentagotas. Sus ensayos por mucho tiempo permanecieron enterrados en revistas como *Taller* o la *Revista de Occidente* o reclusos en diminutas ediciones caribeñas. En México ha circulado con buena fortuna *El hombre y lo divino*, el libro que publicó el Fondo de Cultura Económica en 1955, pero poco más. Había que ir a librerías de viejo para pescar sus libritos, ganándole la batalla al polvo. Ahí fui consiguiendo poco a poco sus ensayos: *La agonía de Europa*, *Pensamiento y poesía en la vida española*, *Filosofía y poesía*. Pero desde hace unos años, quizá ayudado por el empujón del Premio Cervantes que recibió en 1989, el chorro zambraniano fluye con enorme vigor. En las últimas semanas nos encontramos una y otra vez con ella. La exquisita editorial Siruela ha publicado varios títulos suyos que brotan entre las novedades de las librerías. Entre ellos su magnífico *Persona y democracia*, que muestra toda la luminosidad de su pensamiento político. Adolfo Castañón escribía este mes en *Vuelta* sobre los gatos que habitan la tumba de María Zambrano. Su primer libro, *Horizonte del liberalismo*, también fue reeditado recientemente en Madrid. La revista *Claves de la razón práctica*, que dirige Savater publicaba a principios del año un ensayo de José Ignacio Eguizabal sobre el pensamiento político de Zambrano. El chorro de claridad de Zambrano adquiere de repente ímpetu de ola. En estos párrafos crudos quisiera recoger unas muestras de su palabra. **En** el agua de María Zambrano hay dos moléculas de filosofía y una de poesía. O al revés. Separar estos componentes de su prosa o señalar la preeminencia de alguno sería absurdo. Ella nunca pudo, como se lo exigían por todos lados, elegir. "La filosofía me era irrenunciable, pero más irrenunciables me eran la vida, el mundo. Yo no podía apartarme de los que sucedía en el mundo ni considerarme aparte, ni podía estar sola, desligada, ni podía restringirme a una sola actividad. Porque para mí, las tres actividades eran, siendo tres, una y la misma (...) 'filósofa' nunca me he considerado (...) lo que no podía considerarme era 'literata': a la literatura renuncié en seguida, pero no a la forma, no a la belleza, no a la precisión, ni a ese 'qué', ni a ese 'algo' que se encontraba en la literatura, pero en seguida, al llamarla así, causaba horror."

**En** medio de esa indecisión, cuenta María Zambrano en una entrevista, Ortega y Gasset fue su salvación. De su maestro, con quien tuvo por cierto serios desencuentros, dice algo

bellísimo: "Era una alegría, un regalo para sus lectores, el ver aparecer sus folletones, su firma bajo una columna. Leerle daba ganas de vivir. Su pensamiento era esperanza en ejercicio, caridad intelectual." Ortega, según cuenta su discípula, usaba con frecuencia la metáfora de la red para hablar de la razón cuando pretende capturar la realidad. La red, apunta Zambrano, "capta caminos que hace el agua para tomar una forma, ya que lo humano ha de tenerla y la realización del ensueño de una vida líquida, fluyente, sin represas está lejos de realizar. (...) La red es lo menos extraño al espíritu de las aguas, de la vida que no necesita organización."

**En** las aguas de María Zambrano, lo político nada entre lo poético y lo sagrado. Dios, palabra, hombre. Desde sus primeras publicaciones, escritas en tiempos dramáticos, se percibe una clara preocupación social y política. Con la honda simpleza de lo primordial, María Zambrano hace las preguntas esenciales: desde su primer libro, un ensayo que publica a los veintiséis años: "¿Qué es la política? ¿De qué raíz emana? ¿Qué significa la política frente a la vida: la sigue o la detiene? ¿La afirma o la niega? Y luego se desliza en la respuesta. "Hay una actitud política ante la vida, que es simplemente el intervenir en ella con un afán o voluntad de reforma. Se hace política siempre que se piensa en dirigir la vida (...) Eso explica que la política haya tenido muchos puntos de contacto con la religión y que se haya confundido con la ética." La política como "la actividad más estrictamente humana", es lucha entre individuo y vida. "Política y vida. Lo que ya es y lo que ansía ser, en palpaciones de impaciencia. Y entre ambas, entrecruzándose, el hombre —con sus múltiples problemas— y su universo." El fluido de la filosofía de Zambrano denuncia el conservadurismo como política que niega la política. "El conservador vive el ensueño de convertir la política en física, la historia humana en historia natural. (...) el conservador es el mineralizador de la historia." "El conservador vive del ensueño de convertir la política en física; la historia humana, en historia natural, más aún, en astronomía." Revolucionaria no es la política de la catástrofe sino aquella que cuenta con el tiempo. Revolucionaria será "cualquier política que admita la necesidad del cambio perenne, la transitoriedad de las formas políticas, su accidentalidad, en suma, frente a lo único permanente: necesidad de una estructura." (...) "Así como el conservador quiere mineralizar la historia humana. la mente revolucionaria ha llegado en su apetencia a todo lo contrario. A dar vida, fluencia hasta a lo geológico y lo cósmico." (*Horizonte del liberalismo*).

**En** ese cauce María Zambrano abraza el liberalismo. El liberalismo zambraniano no es liberalismo de mercader, no es tampoco un liberalismo racionalista y ateo. Todo lo contrario. El nuevo liberalismo, "el liberalismo humano" como lo llama, ha de reafirmar sus "postulados espirituales" para romper con la barbarie de la economía capitalista: "la economía liberal es insuficiente e inadecuada para la realización de los postulados liberales".

**En** un ensayo que publicó en la *Revista de Occidente* en 1934 María Zambrano preguntaba: "habiendo un hablar, ¿por qué el escribir" Esta es la respuesta que ofrece: "Escribir es defender la soledad en la que se está: es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable, en que precisamente por la lejanía de toda cosa concreta se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas. Pero es una soledad que necesita ser defendida, que es lo mismo que necesitar de justificación. El escritor defiende su soledad mostrando lo que en ella y únicamente en ella encuentra." Mientras en el hablar hay un soltar las palabras, en la escritura está un retenerlas. "Al escribir se retienen las palabras, se hacen propias, sujetas a ritmo, selladas por el dominio humano de quien así las maneja." La esperanza de quien escribe es

reconciliarse con la palabra, "anterior tirana de su potencia de comunicación". Escribir es también ofrecer refugio a las palabras: "salvarlas de su momentaneidad, de su ser transitorio y conducir las en nuestra reconciliación hacia lo perdurable". Una doble sed anima al escritor: escribir el secreto y comunicarlo.

**"Un** libro, mientras no se lee, es solamente ser en potencia, tan potencia como una bomba que no ha estallado. Y todo libro ha de tener algo de bomba, de acontecimiento que al suceder amenaza y pone en evidencia, aunque sólo sea con su temblor, a la falsedad. Como quien pone una bomba, el escritor arroja el fuego fuera de sí, de su mundo y, por tanto, de su ambiente confortable, el secreto hallado. No sabe el efecto que va a causar, qué se va seguir de su revelación, ni puede con su voluntad de dominarlo. Por eso es un acto de fe, como el poner una bomba y el prender fuego a una ciudad; es un acto de fe como el lanzarse a algo cuya trayectoria no es por nosotros dominable."

**Como** acto de fe, la escritura exige fidelidad. "Fidelidad que, para lograrse, exige una total purificación de las pasiones, que han de callarse para hacer sitio a la verdad. La verdad necesita de un gran vacío, de un silencio donde pueda aposentarse, sin que ninguna otra presencia se entremezcle con la suya, desfigurándola. El que escribe, mientras lo hace necesita acallar sus pasiones, y sobre todo, su vanidad. La vanidad es una hinchazón de algo que no ha logrado ser y se hincha para rescribir su interior vacío." ;...) "La fidelidad excluye la vanidad, que es apoyarse en lo que no es, y lleva a apoyarse en lo que es, en lo que es verdad."